

EL DERECHO DE ASILO PRINCIPIO SAGRADO PARA D. CLETO

PAGINAS DE
ORO DE
DON CLETO

HE AHI UNA DE LAS MAYORES GLORIAS DE SU GESTION ADMINISTRATIVA

Un apunte anecdótico de la conferencia del valle de Brimont, que limpió asperezas que amenazaban las buenas relaciones entre Costa Rica y Nicaragua

"YO MISMO IRE A PONER ORDEN EN LAS COSAS" EXCLAMO, PONIENDOSE DE PIE, SIENDO PRESIDENTE

La simple teoría, pensaba don Cleto, nada vale si no va acompañada de la práctica

DESPUES DE QUE IMPUSO ORDEN EN LAS MESAS DESORDENADAS, CON ANIMO ALEGRE, RECORRIO LAS CALLES DE LA CIUDAD, VIGILANDO LA UNIFORMIDAD Y CORRECCION DEL ACTO ELECTORAL

Nuevos e interesantes apuntes anecdóticos ofrece el licenciado don Pedro Yglesias Flores, sobre la personalidad cívica y patriarcal del ex presidente González Víquez

Antes de continuar la publicación del artículo del licenciado don Pedro Yglesias sobre hechos históricos de la primera Administración González Víquez, debemos anotar dos erratas notables, la primera de redacción y la segunda ortográfica, en que involuntariamente incurrimos en la edición de ayer:

El original del párrafo con que comienza el anecdótico, dice así:

"En forma llana, cual cumple a mi cometido, trazaré algunas líneas, reminiscencias históricas y anecdóticas, pálidas pinceladas de un gran cuadro, que tienen por objeto mostrar a las generaciones nuevas, algunos rasgos característicos de aquel ejemplar varón".

La otra corrección, que se hace precisa para no variar el pensamiento del autor, es la siguiente:

"Era proverbial la honradez del ex Presidente en materia de finanzas", no de fianzas, como apareció publicado.

La conferencia del Valle de Brimont hubo de promoverse, en el correr de los días, para limar asperezas que amenazaban las buenas relaciones entre Costa Rica y Nicaragua. Numerosos elementos conservadores, adversos al régimen del General Zelaya, se habían trasladado a nuestro territorio. Era lógico que el General los viera con recelo, que insinuara medidas para su concentración o expulsión del suelo patrio. Don Cleto, midió de un lado el peligro de un rompimiento; de otro la majestad de la ley, el derecho de asilo que tan brillantemente defendiera don Julián Volio en épocas pretéritas. Con la conferencia desvió el riesgo posible; y los nicaragüenses exilados o enemigos de Zelaya respiraron el aire puro de la libertad en Costa Rica, mientras en la frontera se conocían ambos gobernantes y entraban en un fraternal entendimiento. Se mantuvo, pues, en el plano de los principios, sin romper con las



Lic. don Cleto González Víquez

conveniencias del Estado. He ahí una de las mayores glorias de su Administración.

Dentro de Costa Rica existía latente el espíritu revolucionario. El Ministro señor Astúa Aguilar comunicaba desde San José, durante el viaje a la frontera, los planes que se atribuían al General Mata, aguerrido militar colombiano, y la proximidad, de una conflagración interna. No se inmutó el señor González Víquez; fuera de las atenciones sociales a que allá dedicara su tiempo, lo empleó en formular el fracasado proyecto de Tratado para abrir en la Boca del Río San Juan un puerto libre internacional, que había de ser administrado por Nicaragua en el Norte y por Costa Rica en el Sur del gran

cauce fluvial. Allá Rubén Darío y los poetas Argüello y Maldonado escribieron la hoja de trébol que dedicaran a su virtuosa compañera, doña Adela Herrán de González Viquez. De ese Valle salió la Paz, sin menoscabo de la Ley.

Antes de volver a su país, el General Zelaya ofreció a don Cleto la compañía, hasta esta ciudad, de los cadetes de la Escuela Militar de Managua. Los viajeros que de aquí iban eran pocos. Sin embargo, el generoso ofrecimiento fue rehusado. No quiso nuestro Presidente ni exponer a los jóvenes militares nicaragüenses a los eventos de la política, ni dar pábulos a la idea de que él, que siempre se mostró fuerte, hubiese accedido a la oferta acicateado por el temor de un ataque armado de los sectores hostiles al Gobierno.

Al finalizar el período que cierra el marco de mis actuales elucidaciones, se presentó para mí una situación compleja que hube de despejar rápidamente.

El Jefe de la Casa Militar y Secretario de la Comandancia en Jefe, Coronel Bonilla, permanecía leal a su antiguo superior y amigo don Rafael Yglesias, candidato del Partido Civil en oposición a la candidatura del licenciado don Ricardo Jiménez. Si bien los deberes de mi cargo y los factores de la política me cohibían para externar abiertamente mi pensamiento en relación con la contienda, mantenía yo la firme determinación de votar por el señor Jiménez. El Coronel Bonilla, a quien acompañaba en su despacho mi lejano pariente el Coronel Sáenz Sandoval, también civilista, me llamó para comunicarme que en la mañana de ese mismo día, el señor Presidente le había dejado ver su opinión favorable a la causa del señor Yglesias. Suavemente me insinuó, pues, el camino que debería seguir.

Opté por trasladarme a la oficina de don Cleto, y lo hice en el término de la distancia.

El señor Presidente se levantó de su escritorio y tomó asiento a mi lado en uno de los corredores de la actual Escuela República del Perú, Casa Presidencial entonces. En el curso de mi entrevista, le dije:

—Nada me anima contra don Rafael ni contra su Partido; pero debo hablarle con entera franqueza. Mi decisión es votar por don Ricardo, y mi permanencia en el cargo de confianza con que Ud. me ha distinguido y que tanto le agradezco, sería desde este momento indelicada. El cami-

indicado: "Vé de mi casa. Le ruego, con mucho pesar, se sirva aceptarme mi renuncia.

Visiblemente emocionado, dibujada sin embargo una sonrisa en sus labios, me respondió:

—Efectivamente le dije a Leoncio que si yo buscara mi conveniencia personal, sería más ventajoso para mí el triunfo de Rafael. Pero ni la he buscado ni la busco. La única aspiración que me mueve en esta lucha es dar la mayor garantía a los bandos contendientes, a fin de que el sufragio popular sea una verdad vivida. En mi casa o fuera de ella, cada uno puede opinar como a bien tenga, porque no he de ejercer influencia, ni en un sentido ni en el otro. Usted puede estar seguro de mi confianza. No hay motivo para que se vaya.

Puse en autos del incidente al Edecán don Federico Mora Carranza, también jimenista, y me quedé sirviendo a don Cleto hasta fines de abril, cuando se me designó como Secretario de la Misión Especial de Costa Rica ante los Gobiernos de Chile y la República Argentina y de nuestra Delegación a la Cuarta Conferencia Internacional Panamericana, confiadas a la pericia del licenciado don Alfredo Volio Jiménez.

El día de la elección Presidencial, a primera hora me presenté a depositar mi voto. Era inútil esperar, pues una vez una especie de confabulación se interponía a la apertura de las actas en gran número de mesas. Los sufragantes protestaban contra las consecuencias que de prolongarse acarrearía esa demora. Me encaminé a la Casa Presidencial, en donde encontré al señor Presidente rodeado de algunas amistades. Le expuse el caso ocurrente y la conveniencia de que enviara un comisionado suyo a impartir disposiciones en el sentido de poner coto a la irregularidad que se advertía.

Yo mismo íré a poner orden en las cosas, exclamó, poniéndose de pie. Tomó su sombrero, se situó a continuación en la mesa que promovía mi queja, y tras breves palabras se abrió la votación. La simple teoría, pensaba, don Cleto nada vale si no va acompañada de la práctica. Después, con ánimo alegre, en compañía de dos o tres amigos, recorrió las calles de la ciudad, vigilando la uniformidad y corrección del acto electoral.

Pasado éste, al correr de los días, me cupo la satisfacción de entregarle, a modo

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación.

sivas que de todas partes lo vieron, felicitándole por su acertada gestión gubernativa, procedentes de Jefes de Estado, representantes diplomáticos y particulares, entre las cuales ocupó el primer lugar la del Excmo. Señor William L. Merry, Ministro de los Estados Unidos de América, gran admirador del Presidente.

Eugenio Pelletan abre el Prólogo de su tratado sobre los DERECHOS DEL HOMBRE, con esta lapidaria frase:

"Al poner mi mano sobre el corazón de Francia, le he sentido latir". Don Cleto pudo decir lo mismo, aplicando el concepto a la tierra que fuera su más cara ilusión, la que él con toda propiedad llamó "el amor de sus amores".

—“Estamos al tanto de lo que pasa en Costa Rica. Hemos leído los Mensajes de trasmisión del Poder pronunciados por don Cleto González Viquez y por don Ricardo Jiménez. Son sencillamente admirables”.

Así se expresaron en mi visita inicial a la Cancillería de Chile, el Ministro de Relaciones exteriores, Excmo. Señor don Agustín Edwards, y el Subsecretario, Hon. Señor don Fermín Vergara Figueroa. Sentí entonces el orgullo de ser costarricense.

Es el mes de junio de 1910. En la tarde recorro las amplias avenidas de Santiago. Un grupo de estudiantes, a la entrada del Parque de la Viuda de Cousifo, irrumpen hacia el coche en que me acompaña mi inolvidable compatriota Elías Leiva:

—Viva Costa Rica! gritan a coro los muchachos.

—Viva Chile! Y les tiendo mi mano con afecto.

A poco trotan los caballos. Alzo los ojos a la Cordillera, y bajo los laureles que tejiron de guirnaldas las frentes augustas de San Martín y O'Higgins, me detengo a contemplar el maravilloso panorama que se presenta ante mi vista: un gran sol que se hunde en Occidente diluye sus rayos postrimeros, taviando de amatistas y toraclos y esmeraldas y rubíes, los nevados picachos de los Andes.